nías de la bibliografía y de los bibliógrafos.

Los estudios sobre la bibliografía ha corrido con mejor suerte que los estudios sobre la biblioteca. En términos conceptuales de tiempo y espacio. La bibliografía ha tenido siempre alguien que la ha salvado, rescatado, trasladado o hecho huír. Pero en fin, salvado. Es más, en los tiempos presentes se ha convertido en instantánea y electrónica. No así las bibliotecas.

Los orígenes de las bibliotecas y, sobre todo, de aquellas que tienen relación con la historia, se han convertido, cuando están en propiedad nacional, en una especie de viejos escudos de armas, muchas veces arrinconaddos, pese a que tienen vida y significado, y cuando están en propiedad extranjera, en antiguedad de lujo que lamentamos haber perdido.

De las bibliotecas se olvida frecuentemente su historia y su papel en la historia. Por ello se les pierde... y es entonces cuando la bibliografía se vuelve presuntuosa y nos mira de soslayo como interrogándonos con sus claves "¿pero cómo, es que ustedes no tienen bibliotecas? ¿qué fue de sus antiguas bibliotecas?.

SINTESIS DE LA PROBLEMATICA DELA HISTORIA DE LA BIBLIOTECA EN MEXICO.(2)

"Quien primero trajo una biblioteca a Nueva España, pa

rece haber sido Fray Alonso de la Veracruz, en 1536, con destino al convento de Tiripetío. En general, todos los monasterios dispusieron de acervos bibliográficos. En el siglo XVII, el Obispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza, formó una colección de 8 mil volúmenes, que aún existe. Fueron también notables las bibliotecas de Carlos de Sigüenza y Góngora, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Sor Juana Inés de la Cruz. En 1762 el doctor Manuel Ignacio Beye de Cisneros y Quijano fundó con sus propios libros la biblioteca de la Real y Pontificia Universidad, primera que se abrió al público, la cual se incrementó en los años siguientes con nuevas donaciones y con los volúmenes de los colegios de la Compañía de Jesús, cuando ésta fue suprimida (1767). Hizo el catálogo Basilio Manuel Arrillaga, pero se perdió al ser incautada en ocasión de las Leyes de Reforma. El chantre de la Catedral de México, Luis Antonio Torres Quintero, reunió un considerable número de libros en el curso de la primera mitad del siglo XVIII; los heredaron sus sobrinos Cayetano y Luis, y al morir éste, en 1788, aquél la donó a la sede metropolitana; en 1844 eran 12,295 volúmenes, pero sólo pasaron a la Biblioteca Nacional 10,210. En 1785 empezó a formarse la biblioteca de la Academia de San Carlos con un donativo personal de Carlos III; la enriqueció Javier Cavallari entre 1857 y 1867 y se mantiene en servicio en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. La de San Gregorio, reunida originalmente por los jesuitas, fue dirigida en el siglo XIX por Juan Rodríguez Puebla y luego por José María Díaz de Sollano; su rica colección de manuscritos en lengua náhuatl fue trasladada a la Nacional. La de San Ildefonso, que llegó a tener 4 mil títulos, se perdió totalmente, e igual ocurrió en la época del presidente

Calles, con la del Seminario, fundada a fines del siglo XVII por el arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas.

La Biblioteca Nacional de México, aunque creada por decreto del 24 de octubre de 1833, abrió sus puertas al público -- hasta el 2 de abril de 1844. Treinta años después, tenía 104,337 volúmenes, de los cuales 100 mil procedían de los antiguos con-- ventos. Instalada en el ex templo de San Agustín, desde 1929 pertenece a la Universidad Nacional Autónoma. En 1975 tenía medio - millón de libros.

Algunas bibliotecas fueron vendidas al extranjero. La de José María Andrade, adquirida por Maximiliano para fundar con ella la Biblioteca Imperial de México, fue subastada en Viena en 1869; contenía 7 mil volúmenes relativos al país. Bacroft adquirió el mismo año la de P.A. Fis_her, capellán del propio emperador. La de José Fernando Ramírez, que se propuso como base para la Nacional, fue vendida en Londres en 1880; la mexicana y guatemalteca del albate Brasseur de Borubourg se vendió en París en - 1894; la del barón Kaska, médico farmacéutico de Maximiliano, en 1911; la de Antonio Peñafiel, en 1912; la de José María de Agreda y Sánchez, cuyo catálogo publicó Luis González Obregón en --- 1916, fue a parar a California; la de Aubin, que contenía manuscritos de la Colección Boturini, se venció a Goupil y llegó finalmente a la Biblioteca Nacional de París; la de William Baker --- Stephen, rica en documentos y libros sobre el sur de Estados Unidos, fue venida en Austin después de la muerte de su dueño; la - de Genaro García (25 mil libros y folletos, y 300 mil manuscri--

tos de Alamán, Guerrero, Santa Anna, Gómez Farías, Comonfort y -- otros) se vendió al gobierno de Texas en 1921 y se encuentra en - Austin; y la de Joaquín García Icazbalceta corrió la misma suerte. Fue tal la dispersión de los acervos bibliográficos mexicanos,que Henry R. Wagner, buscando el paradero de impresos del siglo XVI, encontró 218 ejemplares en Estados Unidos, 124 en México, 50 en - Inglaterra, 25 en Chile y 24 en España, Alemania y Costa Rica. - Otras obras raras y valiosas procedentes de México se hallan en - las bibliotecas de la Academia de Historia y del Palacio Real de Madrid, en la Vaticana, en la de Florencia, en la Nacional de París, en el Museo Británico, en las universidades de Texas y Tulane, en el Departamento de Guerra de Estados Unidos y en la Fundación Hispánica de Washington."

Una de las más recientes contribuciones a la historia de la biblioteca, ha sido el trabajo del Dr. Miguel Mathes, de la Universidad de San Francisco, Calif., publicada en 1982 por la Secretaría de Relaciones Exteriores, titulada "Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas". Es un - erudito estudio sobre más de tres siglos de una biblioteca, de todas sus vicisitudes durante la colonia, la independencia y la reforma, hasta su dispersión y traslado a fines del pasado siglo - -1889- a San Francisco, Calif. El Dr. Mathes logró integrar todo el proceso de dicha biblioteca y rehacer el catálogo original de las obras de la misma.

En el marco de esa problemática en México, nos propusimos hacer la contribución local, para la historia de la Bibliote

ca en Nuevo León, con sus orígenes y desarrollos, con sus errores y aciertos.

Hace dos años, en una visita que hizo a la Universidad el maestro Ernesto de la Torre Villar, le comenté el trabajo que estaba intentando hacer sobre la Historia de la Biblioteca en Nuevo León y le pedí algunas recomendaciones y, por supuesto, alguna bibliografía y me contestó: "mejor investigue y escriba, esa es la mejor bibliografía sobre la biblioteca".

LA BIBLIOGRAFIA LOCAL Y LA HISTORIA DE LA BIBLIOTECA

En el campo de la bibliografía local, los estudios que nos acercan al camino para estudiar la historia de la biblioteca en Nuevo León, son verdaderamente escasos.

Las cuatro obras que contienen alguna información, son las siguientes:

NOMBRE	AUTOR	AÑO
"Algunos apuntes acerca de las Letras y la Cultura de Nuevo León, en la Cultura, de 1810 a 1910"	Rafael Garza Cantú	1910
"Siglo y medio de cultura nueoleonesa"	Héctor González	1946
"Apuntes históricos de Nuevo - León".	Santiago Roel	1938
"Bibliografía del Estado de Nuevo León. De 1820 a 1946"	Héctor González y Plinio D.Ordóñez	1946